



RAFAEL PALMERO RAMOS OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE

Contemplamos el amor de Cristo, mirando a la Cruz

Al acercarse los días de Semana Santa, lanzan al aire los Cantores de la Pasión sus acordes desgarrados. Nos anuncian, con sus melodías entrañables y familiares, la inminencia del Triduo Sacro en que la Iglesia conmemora la Pasión, Muerte y Resurrección de nuestro Señor Jesucristo: “En esto hemos conocido lo que es el amor: en que Él ha dado su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos” (1Jn 3, 17). Orihuela entera es escenario en esas fechas de una vivencia íntima, compartida por los cristianos, que se ven transportados a la Jerusalén bíblica, donde Cristo recorre su Via Crucis y culmina la obra de la salvación. Oriolanos y creyentes venidos de otros lugares podremos contemplar, meditar y agradecer el amor redentor de Cristo, que entregó su vida pagando el rescate de nuestra liberación al precio de su propia sangre. “Él ha muerto por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino por los del mundo entero” (1Jn 2, 2).

Éstas, y no otras consideraciones, son las que llenan de significación profunda nuestra conocidísima Semana Santa en Orihuela. Las procesiones –con sus bellos grupos escultóricos–, los vibrantes metales y aterciopeladas maderas de las bandas de música, los cantos de la Pasión, los oficios religiosos, preparados a conciencia y celebrados con solemnidad en los templos de la ciudad, han de ayudarnos a entrar en el Corazón Sagrado de Jesucristo, de donde brota con generosidad para todos el amor de Dios, un amor infinito, inabarcable, siempre fiel, que el evangelista Juan describe con esta frase lapidaria: “Tanto amó Dios al mundo, que no perdonó ni a su propio Hijo, para que vivamos por Él” (1Jn 4, 9).

La Semana Santa, que es al mismo tiempo devoción popular y celebración litúrgica, debe mantener el equilibrio de una fe entendida como maravilloso regalo de Dios y logro de nuestro esfuerzo ascético. Emerge de lo más íntimo de nuestro ser –así lo intuyó y explicó San Agustín– pero necesita, a la vez, expresarse de modo festivo y elevado por medio de prácticas de piedad tan propias de este tiempo (via crucis, oración ante el

Santísimo, actos penitenciales, procesiones...) y, muy especialmente, la liturgia de la Iglesia. El Triduo Sacro y la Pascua de Resurrección constituyen un todo, que hemos de vivir en su conjunto.

Confío en que esta armoniosa sintonización ayude a todos los creyentes a celebrar, un año más, la Semana Santa, no sólo como recuerdo de hechos pretéritos, sino como misterio sagrado que nos transforma y eleva, renovando nuestra fe en Jesucristo. Haremos nuestras, de ese modo, las palabras del centurión que contemplaba a prudente distancia la muerte del Rey de los Judíos y confesó: “Verdaderamente, este hombre era justo” (Lc 23, 47). Y proclamamos nosotros lo mismo, pero de modo más preciso: Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios, es el Redentor (cf. Mt 27, 54; Mc 15, 39).

Que Nuestro Padre Jesús, rico en misericordia, nos mantenga en la fidelidad a Él y a la Iglesia, no sólo de palabra sino con obras y en verdad (cf. 1Jn 3, 18). Alcanzaremos así, un día, el premio de la inmortalidad, la gloria de la Resurrección.

Con mi bendición, un saludo cordial en el Señor Resucitado, luz, vida y esperanza nuestra.

A handwritten signature in black ink, starting with a cross symbol (+) followed by the name 'Rafael' in a cursive script.

+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante